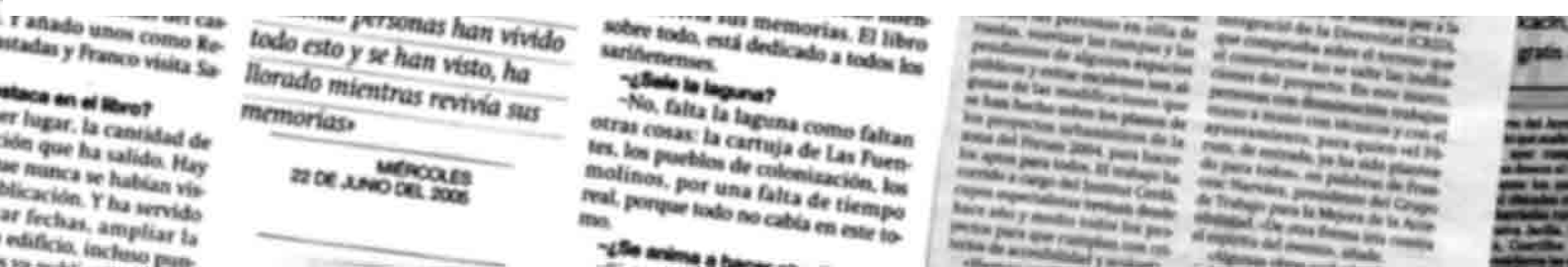


El 28 de enero de este año el llamado **OPERATIVO EMPLEADA AUDAZ** llevó a muchas personas -convocadas por organismos de derechos humanos- al balneario de Asia (en el kilómetro noventa y tantos de la carretera Panamericana Sur). El motivo no era pasar un día de playa sino protestar contra los residentes que, supuestamente, tienen actitudes discriminatorias y maltratan a las trabajadoras del hogar. A propósito de esta inédita manifestación, Juan La Cruz y Omar Cavero reflexionan en torno a las categorías de etnia, clase y a la verdadera capacidad de representación de los sectores progresistas más audaces.



# ASIA UN MUNDO FELIZ



## La voz impuesta: estratificación social y representatividad en la marcha de Asia.

Por Juan La Cruz

**H**ace ya algunos meses ciertas personas convocaron en Lima a una singular manifestación. ¿El objetivo?: marchar hacia el balneario de Asia, reducto playero de los ricos, y protestar contra el racismo y los constantes maltratos y vejámenes que sufren las empleadas domésticas, a quienes, para colmo, no se las deja bañar en el mar sino sólo a ciertas horas. El evento recibió el nombre de “operativo empleada audaz” y en su momento causó suficiente relevancia mediática como para ganarse las portadas de varios diarios, y también uno que otro comentario en los programas dominicales de televisión.

Hoy, tras siete meses del hecho, es evidente que la gesta no pasó de ser una simple anécdota, ya que son muy pocos los que la recuerdan y menos los que la piensan como algo que haya trascendido. Por otra parte, no sabemos con certeza si las empleadas aún son prohibidas de bañarse en las playas del balneario, ni si su situación laboral ha cambiado para bien desde la llamada “multitudinaria” protesta. Sólo un idealista acérrimo y miope de la realidad en que vive pensaría que estos casos no se siguen dando con similar fuerza tras el operativo. La inexorable verdad es que hay mucha evidencia para pensar que las cosas siguen igual, y como la “concientización”, que era al parecer un objetivo a largo plazo del operativo, no es una característica que se pueda medir del todo, existe razón suficiente para ver que lo acontecido en Asia no pasó, en el fondo, y muy en el fondo, de ser un bien propagandeado saludo a la bandera.

## El racismo como un fenómeno étnico y económico, y la erosión de sentidos comunes como un primer paso en las luchas sociales

Por Omar Cavero

**M**ediante el presente artículo buscaré responder las dos preguntas que convocan esta sección: una sobre la pertinencia del uso de la categoría clase para el análisis del racismo en el Perú y la otra sobre la validez de la representación en la ejecución del operativo “Empleada Audaz”.

Veamos. Cuando se hace alusión a la categoría clase se trata usualmente de una referencia a un análisis de aquellas relaciones sociales que tienen su base en la estructuración económica de una sociedad determinada. Dicho en palabras simples, al hablar de clase –sin entrar todavía a problematizaciones– nos estaríamos refiriendo a relaciones económicas, nos situaríamos en el plano de lo económico. Desde esta entrada genérica parece un poco forzado procurar entender un problema como el racismo, que más parece ubicarse en el campo de lo cultural. Sin embargo, en esta sección procuraré demostrar que el racismo no es un fenómeno únicamente cultural sino que puede ser entendido de diversas maneras según las dimensiones desde donde se lo analice. Las conclusiones son diferentes si se busca entender los inicios de este fenómeno en general, si se busca analizar sus consecuencias en la lógica de reproducción de una determinada sociedad o si es que se busca juntar las anteriores dos entradas con un análisis histórico y estructural de una sociedad específica, en este caso el Perú.

Pero antes de complejizar más el asunto, ¿qué entendemos por racismo? Una definición simple diría que se trata de un prejuicio que toma como base dife-

¿Por qué ocurre que en el Perú estas gestas pro Derechos Humanos o reivindicativas de todo tipo no logran calar hondo en la población, en la gente de a pie? Las Ciencias Sociales nos dicen que es por un problema de ciudadanía: ésta no llega a todos ni es ejercida ampliamente, por lo que no tenemos una sociedad civil debidamente constituida, consciente y vigilante de sus derechos. Esa ha sido una respuesta común respecto al problema, que explica en parte por qué estos mensajes parecen sólo circular en un reducido sector intelectual (popularmente apodado como los “progres” o “los caviars”) que siempre intenta difundir sus convicciones encabezando manifestaciones como la ocurrida en Asia.

Pero mi intención en el presente artículo es reflexionar sociológicamente sobre otra razón, también estructural, que influiría en la poca legitimidad que estos grupos tienen a nivel nacional. A mi modo de ver hay algo en el sector descrito, en esta “intelectualidad conciente” que lideró aquella marcha en Asia, que trasciende el marco de las ideologías tangibles o la posición económica (que también influyen pero de manera independiente). Me estoy refiriendo a la existencia de una matriz cultural y simbólica particular, presente en gran parte de este sector; distinta de la de aquellos a quienes aspira “representar” o dar voz y que aparece como ingrediente clave de la estructura social de nuestro país, en la cual, además, estos sectores se encuentran a la cabeza. Para desarrollar mejor esta idea propongo primero repensar la dimensión étnica de la estratificación social en el Perú para ver qué nos dice al respecto del “operativo empleada audaz” y específicamente de los que encabezaron el mismo.

## ¿Por qué ocurre que en el Perú estas gestas pro Derechos Humanos o reivindicativas de todo tipo no logran calar hondo en la población, en la gente de a pie?

En primer lugar, ¿qué entendemos por etnia? La definición del diccionario nos dice que la etnia es una “sumatoria” de fenotipo, costumbres, idioma y demás de una colectividad social. La definición metodológica que usamos en las Ciencias Sociales no debería diferir mucho de la anterior, ya que nos lleva a considerar primordialmente los aspectos culturales propios de una colectividad y todo lo que esto implica. No obstante, en nuestra disciplina el concepto es empleado muchas veces de manera errónea como sinónimo de “raza”, o de los aspectos fenotípicos de la gente. En el Perú las Ciencias Sociales han venido adoptando de manera ambivalente lo étnico como categoría independiente válida para analizar nuestra sociedad: mientras que la Antropología aborda la realidad desde tal perspectiva dibujándonos con ello el panorama de un Perú multicultural, la Sociología duda de la validez independiente de tal categoría en la composición de la estratificación social peruana. Algunos de los más recientes usos de lo étnico en el análisis sociológico, lo ponen como un factor añadido pero no determinante de las desigualdades sociales<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En un artículo del año 1995, Narda Henríquez analiza la pertinencia de lo “étnico” como criterio de análisis, llegando a concluir en base a información estadística que desde los setenta en adelante este factor no parece explicar por sí solo las desigualdades sociales en el Perú, ya que existiría en todos los estratos una “etnicidad multirracial”. No obstante, este concepto resulta vago y no es precisado por la autora, como tampoco lo es el de “etnicidad indígena”. Esto deja entrever que en el estudio existe un empleo del término “etnicidad” muy ligado o casi confundido con el de “raza”, lo cual es un error conceptual de primer orden. (La sociedad diversa, hipótesis y criterios sobre la reproducción social, Henríquez, Narda. En: El Perú frente al siglo XXI. Pág. 308.)



rencias físicas significativas para cierto grupo. Cuando se habla de raza se habla de una construcción social, arbitraria, que asocia rasgos culturales con rasgos físicos, de modo tal que las características étnicas encuentran una explicación biológica (falsamente biológica). En sentido estricto las razas no existen, sino que se trata de fenómenos culturales. Pero a pesar de que constituyen, formalmente, un tipo de discriminación cultural, el hecho de que este tipo de discriminación tenga un sustento biológico a los ojos del que discrimina le da una carga especial, un particular poder. ¿Qué mejor recurso para una mala conciencia que sustentar el desprecio hacia otro grupo en una respuesta del tipo “es la naturaleza, míralos, son diferentes, han nacido así”? Además, esa “diferencia”, dado que es física, no puede ser despojada con la facilidad con que puede hacerse con una práctica cultural; uno puede cambiar de religión, hablar otro idioma, incluso hasta pensar diferente, pero será muy difícil cambiar nuestro color de piel o nuestros rasgos faciales -aunque progresivamente la cirugía estética lo esté haciendo más posible.

Pero ascendamos ahora a un plano más teórico. Ubiquemos al racismo en la esfera de la cultura, veamos a la categoría “raza” como una categoría clasificatoria que brinda una forma específica de hacer inteligibles las diversas interacciones, pero no perdamos de vista cuál es la relación entre los sistemas simbólicos, que conforman lo que conocemos como cultura, y las otras dimensiones del orden social. La cultura provee estructuras de sentido a los seres humanos, de donde se derivan complejos normativos, sistemas de creencias, usos, costumbres, simbologías, mecanismos de comunicación, códigos, etcétera. Pero la cultura, en la medida en que es una construcción social constante, es también un campo de lucha, está siendo constantemente elaborada por personas que se encuentran en determinadas posiciones dentro de la estructura social y que tienen a su disposición diversos tipos de recursos, y en cantidades desiguales.

Esta lucha consiste en darle carácter hegemónico a aquellos arreglos culturales funcionales a los intereses propios. Pero se trata de un proceso, la mayoría de las veces, inconsciente, aunque de consecuencias reales y palpables. Un claro ejemplo de este fenómeno es el caso del cristianismo: de ser un credo contestatario y cuestionador al ser enunciado por el pueblo judío en condiciones de explotación, pasó a ser un credo legitimador del poder de los soberanos y justificó, por ejemplo, las excursiones colonialistas hispanas, siendo enunciado desde los grupos de mayor poder en la jerarquía social.



A mi modo de ver, una de las razones primordiales de que esto ocurra reside en que la actual Sociología peruana descansa sobre una fuerte tradición de izquierda que se remonta a la lectura que Mariátegui tenía de la realidad peruana, allá por los años 20. En esta concepción -que ha sido el cimiento para el desarrollo del conocimiento social posterior- la base de la estratificación social en el Perú sería de clase, determinada por nuestra inserción en un sistema económico capitalista dependiente y opresor, pero que en su adaptación a la realidad de los Andes centrales termina adoptando y reforzando el bagaje cultural heredado del status quo estamental de la Colonia, que se manifiesta en prejuicios "raciales", los cuales son incorporados como legitimación natural de los dominantes sobre los dominados. En otras palabras, el modelo señala que el factor étnico (confundido con el racial) logra invisibilizar y se mezcla con lo que de raíz sería un problema económico-material. Hacia la época moderna, y con fenómenos como las migraciones del campo a la ciudad, la proletarianización y los emergentes de por medio -es decir, con cambios en las bases estructurales-, esta lectura del país ha llevado a que las diferencias étnicas se valoren cada vez menos como factor que influye en definir quién es rico y quién es pobre, aunque aún son tomadas como un "rezago peligroso" que incide en la configuración de las mentalidades colectivas. Algunos intelectuales ven en esta diferencias étnicas el sustento de un "racismo asolapado" pero existente al fin y al cabo<sup>2</sup>.

Sin embargo, tenemos evidencia en el Perú de hoy, post siglo XX, de que la relativa cercanía de clase entre dos individuos no anularía el bagaje cultural de cada uno: el rey de la papa, a pesar de tener plata, no es aceptado como igual entre los que más tienen. Al respecto, se podría argumentar -como señala Nelson Manrique, y es algo ciertamente constatable- que los prejuicios se han cristalizado en las mentalidades, por lo que un rostro de rasgos cobrizos puede aún evocar una asociación con un conjunto de conductas, costumbres y tradiciones; en suma, con un origen étnico definido.

2 Entre estos autores podemos citar a Nelson Manrique y Gonzalo Portocarrero, entre otros. Esta concepción de "rezago peligroso" parte también de las reflexiones de estos intelectuales en torno a las causas de la guerra interna de los ochenta.

(El Racismo)... no se trata de un fenómeno autónomo y divorciado de la estructura social -que incluye una estructura económica, a mi entender, principal asignadora de recursos en una sociedad- sino que se trata de un fenómeno que ayuda a la reproducción de un determinado orden.

Con esto quiero decir que los sistemas de creencias y de clasificación del mundo no son elementos aislados de los conflictos que se dan al nivel de las posiciones en una estructuración social particular. Básicamente la lógica es ésta, a riesgo de simplificar: el que disfruta de una mejor posición quiere reproducirla y el que se encuentra en una posición inferior quiere cambiarla. Y precisamente una de las formas de reproducir esa posición privilegiada es generando determinados sentidos comunes que logren posicionarse en la subjetividad de aquellos menos favorecidos en la jerarquía social. La estabilidad de una dominación consiste precisamente en la aceptación de los dominados de aquella situación, aceptación que bloquea el cuestionamiento y la imaginación de una situación diferente, al menos en esta vida. Como a través de la cultura el mundo se hace inteligible para nosotros, buscaremos generalizar construcciones culturales que cuestionen la realidad o que la acepten según nos convenga. Claro, ese "mundo", es también el mundo de las relaciones sociales<sup>1</sup>.

Hasta aquí, la proposición que he querido construir es la siguiente: el racismo tiene una función ideológica, es funcional a ciertas posiciones dentro de una estructura social desigual. No se trata de un fenómeno autónomo y divorciado de la estructura social -que incluye una estructura económica, a mi entender, principal asignadora de recursos en una sociedad- sino que se trata de un fenómeno que ayuda a la reproducción de un determinado orden. Una reproducción en las subjetividades, paralela y homóloga a las luchas en los campos sociales.

Una asociación medular entre clases y racismo es que el segundo reviste simbólicamente (e ideológicamente) la estructuración de las primeras. No es determinado completamente por el arreglo que éstas componen -la cultura puede salirse de las manos de la estructura social y crear categorías que serán llenadas con sentidos diversos según circunstancias específicas así como según determinadas posiciones-, pero sí hay un determinación esencial. Claro está que el círculo de reproducción simbólica se pierde y se recupera constantemente, siempre y cuando haya rupturas que generen estas situaciones de negociación de significados. Pero no es correcto decir que nada determina a nada. Para aquellos que no les gusta el salvavidas de "última instancia" que ideó Althusser, pues pueden optar por el "acoplamiento laxo" de Goffman, o quizás el "habitus" de Bourdieu. Hay determinaciones, sí, pero son incompletas.

<sup>1</sup> Prefiero explicar el funcionamiento de la ideología de esta manera desagregada antes que de una manera más formalizada, pero no puedo negar que el análisis de Marx está detrás de esta presentación simplificada; la percepción del mundo social está condicionada por la posición de clase, está determinada por ésta; posición de clase que significa un lugar en las relaciones sociales de producción.



Esto genera el rechazo de los sectores altos hacia los "advenedizos" y la necesidad de estos últimos de "suicidarse culturalmente", negar sus orígenes, esconder y finalmente anular su atacada particularidad para poder ser parte del nuevo sector. El problema es que esta apreciación sólo toma una arista de lo que podemos considerar un bagaje cultural, prestándose además a ofrecer una posición hermética de la cultura, cerrada al cambio, donde la realidad se define por una lucha entre culturas agresoras y agredidas que necesariamente termina con la supervivencia de una y la muerte de otra. Pero la realidad de la dinámica cultural es mucho más compleja e impredecible.

Podemos apreciar, por ejemplo, que si bien el personaje anteriormente citado es impedido de disfrutar del prestigio simbólico que debería tener al lograr ascender económicamente, va construyendo también un nuevo horizonte cultural en su intento por asimilar la cultura dominante<sup>3</sup>. Se trata de una realidad simbólica que es ya evidente y tipificable en el Perú contemporáneo: la llamada cultura "chicha" o "chola", aún indefinible pero que se encuentra hoy difundida por casi todo el país.

Esta realidad, sin embargo, tiene que provenir de algún núcleo específico, de una tradición madre, por lo que es necesario ubicar la matriz cultural de estos nuevos procesos de reinención y diferenciación cultural. Y es ahí a donde mi argumento central quiere apuntar: debe reconocerse la vigencia, en el Perú actual, de las dos principales tradiciones culturales de nuestra historia, la matriz criolla y la matriz andina. Sé que este argumento suena al eterno retorno, además de que choca con aquellos dos extremos que son los "mitos" del Perú mestizo y del Perú multicultural, por lo que debo precisarlo.

No digo nada nuevo al reconocer el vínculo entre las nuevas formas culturales descritas con una matriz andina. Varios autores han ya de una u otra forma señalado esta relación<sup>4</sup>. Sin embargo, creo que esto nos lleva a

considerar tanto a esta matriz como a la otra como insertas en un constante proceso de reinención. Lo que llamamos "mundo andino" en realidad trasciende a prácticas culturales estáticas o inmóviles. Es una complejidad dinámica que ya no puede reducirse sólo a lo rural, lo quechua/aymara, o lo malamente llamado "indígena" (término muy discutido últimamente). En su proceso de reinención ha generado variadas "ramas" que han incorporado la modernidad a su manera. Por ello me atrevo a señalar hipotéticamente (ya que aún falta investigación) que las nuevas formas culturales urbanas descritas -en las que muchos peruanos contemporáneos nos podemos sentir inmersos-, serían hoy por hoy las ramas más sofisticadas del moderno mundo andino<sup>5</sup>. Quizás muchos intelectuales

<sup>3</sup> Como propone Norbert Elias al observar los procesos de psicogénesis en la transición de la Francia señorial a la Francia burguesa. Los burgueses, en un intento muchas veces fallido, tratan de asimilar las costumbres y buenas maneras de la sociedad cortesana, pero al mismo tiempo van dando forma a nuevos patrones culturales.

<sup>4</sup> Anibal Quijano, Norma Adams, Jürgen Golte, etc.

Ahora bien, dejemos un poco de lado la teoría, aunque no sea partidario de separarla del análisis práctico. Todo racismo, ya lo hemos visto, esconde una situación de asimetría. En sus inicios siempre señala superiores e inferiores, y se trata de un proceso unilateral. En el caso del Perú esta asimetría primordial (inicio de esta expropiación simbólica, de esta alienación radical, en el sentido coloquial y en el sentido marxista también) se remonta a la Conquista, cuando sobre las bases del genocidio, la esclavitud y el abuso generalizados, se legitima una campaña sistemática de explotación (que significó en los hechos también exterminio) de las culturas indígenas. Con estas bases se funda una nueva sociedad, un particular arreglo organizativo e institucional con una estructura en la que una civilización se impone sobre otra con la deliberada tarea de destruirla y utilizarla al mismo tiempo. En esta nueva estructura la asimetría toma un color: los blancos peninsulares como clase dominante y los indios como clase explotada y esclavizada. No se trata de otra cosa que de los colores de dos civilizaciones<sup>2</sup>.

Fueron muchas las aristas que configuraron un horizonte interpretativo de los hechos de la Conquista y una de ellas fue la clasificación racial. El racismo brindó una estructura nominativa que ubicó a unos y a otros en las subjetividades de los dominadores y progresivamente en las de los dominados. Pero esta ubicación no fue otra que la reafirmación de una asimetría ya establecida, que puso a unos como sirvientes de otros, a indios como motor de la economía mercantilista española, como sirvientes personales, como tropa para sus afanes caudillescos, y no es necesario que cuente de nuevo la historia del Perú; ¿qué es el nacionalismo si no un magno engaño de las masas indígenas, cuya sangre ha sido derramada por un ideal de patria que nunca incluyó a las culturas originarias en la construcción de sus horizontes ni mucho menos en sus mecanismos de administración de la autoridad?

## Hay correlaciones casi perfectas entre color de piel y desnutrición, entre lengua materna indígena y hambre, entre aquella choledad o indianidad -que el limeño rechaza en sus discotecas exclusivas pero que congela en un museo de historia viva para los ojos.

Una pobreza extrema cercana al 30% y concentrada en los departamentos de mayor población indígena es clara muestra, hoy, de que las asimetrías en las diferencias étnicas y las clasificaciones raciales se corresponden en gran medida (algo que ya hemos rastreado teóricamente e históricamente) con asimetrías sociales y económicas. Hay correlaciones casi perfectas entre color de piel y desnutrición, entre lengua materna indígena y hambre, entre aquella choledad o indianidad -que el limeño rechaza en sus discotecas

<sup>2</sup> Pero hay matices, y no quiero ganarme el odio de los historiadores por dejar de lado algunas acotaciones necesarias. Como bien lo señalan Alberto Flores Galindo y Karen Spalding, entre otros, los españoles reconocieron a la nobleza incaica y en la sociedad de castas virreinal un indio noble poseía un estatus superior a un plebeyo español. Incluso fue difícil justificar el asesinato del Inca: se tuvo que esperar a que Atahualpa blasfemara para poder apresarlos, y aún así la decisión de su ejecución no fue inmediata. Sin embargo, progresivamente, las élites criollas y mestizas -también las peninsulares- fueron arrebatando la memoria histórica del incanato a las masas indígenas y la categoría de indio se fue generalizando y asociando con la pobreza, con la explotación, con la ignorancia -claro, previa eliminación de los curacazgos-. Siendo más precisos, recién para inicios del siglo XIX podríamos decir que ya la asociación de indio con pobre es generalizada en el Perú.



puristas discrepen con esta visión de lo andino en la que el quechua, las hojotas y la comunidad no son ni pueden ser ya sus únicas características definitorias; pero es necesario, como científicos sociales, replantear nuestras categorías y la manera como entendemos e interpretamos la cultura, que al ser ella tan dinámica muchas veces se nos puede escapar de las manos en nuestro intento por "fotografiarla"<sup>6</sup>.

Pero, ¿qué sería entonces lo criollo?, ¿cuál es la matriz cultural criolla? Lo criollo persistiría porque no se trata de una cuestión de "raza" o color de piel (aunque esto sea un elemento referencial). Tampoco de consanguinidad entre las antiguas elites de apellido español y las actuales de apellido anglosajón o germánico. Se trata, otra vez, de identificar una tradición cultural, un "mundo" simbólico. Volviendo al brillante argumento de Norbert Elias, quienes toman la posta en los estratos dominantes de una sociedad, la toman con todo, lo cual supone también el aprendizaje de la "cultura de elite". En el caso peruano esto se habría facilitado porque había muchas correspondencias; es decir, españoles, ingleses, italianos, alemanes y demás orígenes que ahora constituyen la elite local, poseían

la facilidad de provenir de un mismo "mundo", un mismo referente simbólico, por lo que aprender las especificidades de la cultura de la elite local no era muy difícil, considerando además que, en la misma, estos grupos, debido a sus nacionalidades, eran modelos a seguir. De esta manera la constante migración

de costumbres en la elite dominante peruana, ocurrida entre varios y diferentes grupos familiares de origen extranjero desde el pasado siglo hasta hoy, nos hace ver que la tradición criolla no ha muerto en cuanto formas y costumbres aprendidas y en constante reinvencción, aunque ahora no sean típicas familias "criollas" o incluso fenotípicamente "blancas" las que están en la cúspide de la pirámide social.

Esta identificación de matrices no busca simplemente resucitar viejas dicotomías. Tampoco niega la "pluriculturalidad" peruana, que, por demás, subyace a cualquier país conocido. Centralmente, nos proporciona referentes simbólicos, culturales, de origen étnico, con los cuales -entre otros- considerar la estratificación social en el Perú; es así en cuanto son matrices principales. Si tomamos la noción de espacio social y capitales de Pierre Bourdieu<sup>7</sup>, podríamos tener una representación de la realidad social peruana en la que sectores que comparten un similar capital económico no comparten similar capital simbólico, constituyéndose así una línea en medio de la pirámide social peruana donde la estratificación étnica se hace evidente: orígenes culturales criollos, o asimilados a lo criollo, en la cúspide oficial;

<sup>5</sup> Esto discrepa con lo señalado por Juan Osorio, quien también señala la recreación de lo andino como un fenómeno constatable en la era moderna, pero que, a su juicio, considera que debe observarse en la por demás idealizada "comunidad indígena" de hoy en día.

<sup>6</sup> Es notoria la irrupción en el escenario de nuevos actores sociales que proponen una identidad "diferente", chola, o neoandina; personajes del mundo empresarial, político y artístico, como Máximo San Román o Janet Emmanuel, o incluso Tula Rodríguez. Se menosprecia la sinceridad de este discurso pero es evidente que dejan entrever nuevas formas de identidad sociocultural en el Perú contemporáneo. Habría además que contrastar esto con las nuevas formas culturales de matriz andina en Bolivia y Ecuador.

<sup>7</sup> La distinción. Bourdieu, Pierre.

exclusivas pero que congela en un museo de historia viva para los ojos (que significan dólares) de los turistas-, y la frustración de ver morir a un familiar por falta de atención médica.

La tez cobriza recorre las cifras de pobreza, les da un fenotipo. Desde mi punto de vista, es de esta forma que el llamado conflicto étnico se entrelaza, desde su esencia más profunda, con un conflicto económico: las construcciones simbólicas que elaboran las razas y el racismo en el Perú no son otra cosa que formas colectivas e inconscientes de inteligir una explotación económica y un dominio político. Y no sólo de inteligir sino también de justificar. Es ese el trasfondo de la superioridad impuesta de la cultura occidental frente a las culturas indígenas americanas. Lo que técnicamente los lingüistas denominan diglosia, que no es otra cosa que la superioridad valorativa de una lengua sobre otra, coloquialmente se convierte en la burla frente al español mal hablado de un migrante andino, en la mofa frente al mote.

El racismo se convierte en una estrategia ideológica de las clases dominantes para justificar su posición frente a los dominados y también frente a sí mismos. No se confunda cuando hablo de "estrategia"; no siempre es un proceso consciente y más bien esa no es la regla. Quienes crean el cuento también se lo creen. Eso es lo grave. Quien domina no puede vivir siendo plenamente consciente de que su posición es injusta, requiere de mecanismos psicológicos que eviten una mala conciencia; y junto con ello, una dominación no puede mantenerse si los dominados no creen que esos pocos que los dominan lo hacen justificadamente. Así se crea un círculo perfecto, y por eso mismo perverso, por invisible. Cuando el racismo "funciona" puede generar este razonamiento en las mentes de oprimidos y opresores: la inferioridad de las razas dominadas es evidencia de su posición subordinada, y como este orden permanece (esto significa reproducción y hasta rigidización en la movilidad social y mental), esa continuidad será evidencia, a su vez, de aquella inferioridad racial. Es por ello que todo cambio social revolucionario debe comenzar por erosionar los sentidos comunes que funcionan como aletargantes de la conciencia crítica.





“podemos decir entonces que la elite intelectual peruana, además de poseer un evidente posicionamiento económico superior, tiene también una importante dimensión étnica que influye en la poca capacidad de representación que tiene”

y al mismo tiempo orígenes andinos para aquella otra cúspide no oficial; es decir, aquel sector encabezado por gran parte de los emergentes urbanos y en cuya base estaría el campesinado andino.

Ahora bien, no olvidemos aquella vieja idea de Marx en torno a la existencia de productores culturales y productores ideológicos en los estratos dominantes: las elites tienen sectores dedicados a producir discursos; lecturas de la realidad, de lo bello, como también de lo justo y deseable a nivel social. En el Perú esto se hace evidente no tanto por la difusión de estos elementos, sino por su exclusividad y aparente reclusión en pequeños círculos a los que las grandes mayorías no sólo no tienen acceso –es entendible que así sea-, sino que también se ven limitadas en su capacidad de asimilar como propios los mensajes que estos sectores expertos elaboran, ya que no los perciben como “propios”. ¿Las matrices de las que venimos hablando influyen en esto? Ciertamente que sí: no sólo hablamos de una distancia social como consecuencia del dinero, sino que el hecho de percibir a quien habla sobre uno mismo como a alguien ajeno, de alguna manera limita la capacidad de llegada que este puede tener en su interlocutor. Por ello, podemos decir entonces que la elite intelectual peruana, además de poseer un evidente posicionamiento económico superior, tiene también una importante dimensión étnica que influye en la poca capacidad de representación que tiene: basta ver dónde están los centros de estudios que la agrupan, la procedencia familiar y cultural de muchos de sus más renombrados representantes y las costumbres de los mismos para poder ubicar este sector como parte del “mundo criollo”. La elite intelectual peruana sería una elite primordialmente criolla.

¿Como abordar, entonces, lo acontecido en Asia desde este enfoque?, ¿por qué parece haber sido éste tan sólo un evento mediático que a la larga pasó desapercibido? Yo buscaría una respuesta en la observación en torno a los mismos grupos que acaudillaron la marcha. ¿Quiénes son las personas de APRODEH, la llamada “Mesa contra el racismo” y otras ONG? Estos sectores están conformados por buena parte de la elite intelectual antes descrita: en su mayoría criollos, de posición socioeconómica A – B las más de las veces y de alguna profesión ligada a las Ciencias Sociales o humanísticas. Pertenecen a un mismo horizonte simbólico de la pirámide social, un mismo lugar del espacio, comparten lazos amicales y muy posiblemente también familiares con aquellos contra los que osadamente protestan, algo que se puede inferir tras haber atestado los saludos y abrazos bastante íntimos entre los



Y aquí ingreso al segundo tema que convoca este artículo: la validez de ciertas formas de representación. No le daré la misma extensión y es porque oficiará de síntesis de lo dicho anteriormente. Una de las cosas que más se ha criticado del operativo “empleada audaz” es que éste fue dirigido por grupos defensores de los Derechos Humanos y no por empleadas domésticas, quienes, idealmente, debieron haber dirigido y organizado este acto. No pretendo –manténgase claro este punto- sostener que esa lucha no debió ser organizada y dirigida por las empleadas del hogar. Ese hubiera sido el ideal y comparto esa meta con aquellos que propongan algo en esa dirección. Sin embargo, no calificaría como inválida esta movilización por el hecho de haber sido dirigida por defensores de los Derechos Humanos que no trabajan como empleados o empleadas domésticas.

La principal razón se deriva de lo que ya he venido sosteniendo. La primera tarea de una lucha social revolucionaria es erosionar aquellos mecanismos simbólicos que se muestran como ideologías justificadoras de la reproducción de un orden desigual, étnica y económicamente. Esa lucha –aterrizándola- debiera señalarse de la siguiente y simple manera: socavar (y en la medida de lo posible eliminar) aquellos “sentidos comunes” (que no son realmente comunes porque no son consensuados dada, entre otras cosas, la desigualdad en la elaboración), que llevan a cabo el papel de reproductores de un orden social desigual de sello colonial: expresiones como “el indio es malo, cuidado” o “¿quién arruinó Lima? El indio pues, el cholo, mira los ambulantes, las combis” me dan la razón en este diagnóstico; muestras hay de sobra, desde los patrones de belleza de las propagandas, la popular “buena presencia” requerida para los buenos empleos o el “derecho de admisión” que se reservan las discotecas exclusivas.

Pero volviendo al tema de la última parte de este artículo, sólo quiero señalar algo: la llamada “representatividad” no sale de los libros y, aunque decir que la representación debe ser siempre la correspondiente al grupo que quiere reivindicarse puede tener fines progresistas, este tipo de afirmaciones puede estar sirviendo para fines totalmente ajenos a su origen. No hay nada más fácil para una cultura y un grupo hegemónicos que esperar que a sus subordinados, sin educación, ideologizados y dominados por credos ideologizantes, se les ocurra pensar organizadamente en un

bañistas del lugar y algunos "manifestantes".

La experiencia empírica de quien escribe confirma además que en su mayoría los concurrentes fueron todo menos empleadas: hubo estudiantes, activistas pro Derechos Humanos, algunas artistas de televisión, prensa de espectáculos, entre otros<sup>8</sup>. Surge entonces, casi de inmediato, la lógica interrogante: ¿Qué hace la elite intelectual criolla acaudillando una manifestación supuestamente a favor de las empleadas?, ¿y dónde están las empleadas?

Creo que -por plantear una metáfora- si alguien no está pidiendo nada y de repente algunos aparecen como sus paladines, dispuestos a defenderlo, entonces algo raro ocurre: o este alguien es un inútil incapaz de ver lo que lo amenaza o los otros tienen suficiente poder y conocimiento de los intereses de aquel como para hacer de su propia voz la suya. Creo que en realidad ambas son interpretaciones con cierto fundamento sobre los modelos mentales que estarían guiando la agencia de estos grupos intelectuales. La intelectualidad "con sensibilidad social" maneja imágenes posibles del otro, desde su particular posición en el espacio social. Emplea sus privilegios simbólicos para "leer" lo que el otro busca, piensa y siente; y también estudia desde una posición ética, dotando de valores -positivos o negativos- a los actores que reconoce en la realidad que analiza. En este caso, la gesta en Asia parte de una lectura de la realidad en la que la empleada doméstica es "pobre", es "indígena", es "explotada" y sobre todo necesita ser apoyada.

Si bien, bajo cierta interpretación, estas características

¿Qué hace la elite intelectual criolla acaudillando una manifestación supuestamente a favor de las empleadas?,  
¿y dónde están las empleadas?

las construcciones simbólicas que elaboran las razas y el racismo en el Perú no son otra cosa que formas colectivas e inconscientes de inteligir una explotación económica y un dominio político.

cambio del status quo. Las clases medias, querámoslo o no, seamos hayistas, matiateguistas o lo que sea, en la medida en que tenemos acceso a la educación (sea San Marcos, Católica, Agraria, San Cristóbal de Huamanga, etcétera), tenemos no sólo una posición privilegiada sino una opción: o nos dejamos domesticar por un orden que busca reproducir sus estructuras de dominación o nos damos cuenta de todo aquello que está "entre líneas" y buscamos enfrentarnos. ¿Las formas?, discutámoslas, pero esa opción es ya un compromiso. Si hay recelo con las ideologías, llamémosle "afán de justicia", para no comprometernos con alguna doctrina.

Puede parecer, hasta aquí, una propuesta paternalista, pero no es así. Debemos aceptar (para poder luchar contra ello de manera organizada) que, por ejemplo, el racismo es un fenómeno aceptado. Abarca hasta a aquel dicho popular: "de gustos y colores no han escrito los autores"; no han escrito los autores, quizás, pero bien que han hablado y que lo han practicado, porque nuestra publicidad está plagada de modelos de tez blanca, y basta con ver propagandas como las de Saga Falabella, de Leche Gloria o hasta de Pulp.

Yo no soy de los que cree que debemos cruzarnos de brazos esperando que los sectores oprimidos se organicen. Apuntemos a que las representaciones políticas correspondan con los sectores que buscan reivindicarse, pero, mientras tanto, es necesario, y urgente, que nos acerquemos a los movimientos sociales, pero que lo hagamos con humildad, con espíritu de entrega y nunca de mando. No hay que ir a decirle a un Frente Regional cómo hacer las cosas. Se puede recomendar, aportar, pero no hay experiencia política más valiosa que la práctica, no hay acción política mejor que aquella que se basa en el entendimiento integral de la realidad. Por ello, si repudiamos al racismo, denunciémoslo, y apuntemos a que esta denuncia sea a coro con un discriminado, en este caso con una empleada doméstica. La clave para organizarse contra un tipo de opresión es comenzar a imaginarse que aquella relación es opresiva.





podrían tener alguna validez, lo central es que no parten de una autorreflexión de sectores intelectuales que compartan el mismo espacio simbólico que la gran mayoría de trabajadoras domésticas en el Perú, sino de la percepción, hasta cierto punto filantrópica, de un grupo simbólicamente muy distinto a ellas.

Así, estos grupos se otorgan una voz que nunca les fue dada, lo que a su vez se evidencia en las pocas veces que llegan a estar del todo acompañados por sus "representados" en asonadas como la de Asia. Es por ello que, finalmente, lo que termina haciendo esta elite intelectual no es más que reproducir aquella latente estructura de subordinación simbólica donde el mundo criollo sigue aún por encima del andino, interpretándolo y restándole en la praxis capacidad de autorreflexión (aunque este no sea evidentemente un objetivo de los sensibles activistas). Así se puede explicar también por qué amplios sectores de la población peruana miran, encogiendo los hombros, las actividades de los llamados "caviars". ¿Y cómo podría no ser así si persisten incluso inquebrantables lazos de familia que vinculan a estos grupos con los otros del alto mundo criollo? Importante es notarlo ya que después de protestas y todo –como dice una conocida canción- ellos nunca quedan mal con nadie.

<sup>8</sup> Si bien la presencia de congresistas como Hilaria Supa y María Sumire, de raíces andinas, se hizo notar, fueron de las pocas personas que podrían asociarse con el sector por el que "abogaba" la marcha dado que ambas pasaron por la experiencia de ser trabajadoras del hogar. Por otro lado, la presencia de la prensa de espectáculos fue abrumadora debido a los artistas de televisión que asistieron

#### Bibliografía de Juan La Cruz

- ADAMS, Norma. "Los otros empresarios: ética de migrantes y formación de empresas en Lima". Lima, IEP, 1991.
- BOURDIEU, Pierre. "La distinción: criterio y bases sociales del gusto". Madrid: Taurus, 1991.
- ELIAS, Norbert. "El proceso de la civilización: investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas". México; FCE, 1987.
- FUENZALIDA, Fernando. "El indio y el poder en el Perú". Lima, Moncloa-Campodónico, 1970.
- GOLTE, Jürgen. "Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima". Lima, IEP, 1990.
- HENRÍQUEZ, Narda. La sociedad diversa, hipótesis y criterios sobre la reproducción social, pp. 289-319. En: PORTOCARRERO, Gonzalo (ed.) "El Perú frente al siglo XXI". Lima : PUCP. Fondo Editorial, 1995.
- OSSIO, Juan M. Etnicidad, cultura y grupos sociales, pp. 321-356. En: PORTOCARRERO, Gonzalo (ed.) (Op. Cit).
- PORTOCARRERO, Gonzalo. "La dominación total". Lima, PUCP. Facultad de Ciencias Sociales, 1984.
- QUIJANO, Aníbal. "La emergencia del grupo cholo y sus implicaciones en la sociedad peruana". Publicaciones CISEPA (circulación interna). Setiembre, 1967. Lima, Perú.

#### Bibliografía de Omar Cavero.

- ALTHUSSER, Louis. "Ideología y aparatos ideológicos de Estado". Medellín, La Oveja Negra, 1974.
- BOURDIEU, Pierre. "La distinción: criterios y bases sociales del gusto". Madrid, Taurus, 1991.
- FLORES GALINDO, Alberto. "Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes". Lima, Horizonte, 1994.
- GIDDENS, Anthony. "Sociología". Editorial Alianza, Madrid, 1991.
- GOFFMAN, Erwing. "Los momentos y sus hombres". Editorial Paidós, 1991.
- MANRIQUE, Nelson. "La piel y la pluma: escritos sobre racismo". 1999.
- MARX, Karl. "Contribución a la Crítica a la Economía Política". Buenos Aires, Estudio, 1973.
- SPALDING, Karen. "De indio a campesino". Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

Si el racismo está enquistado en nuestra sociedad, demostremos que es repudiable. Si se suman algunos sólo para figurar, pues buen indicio. Así como en el mundo del Quijote ladraban los perros, acá se cuelgan los figuretis. Aún así, demostraciones como el Operativo Empleada Audaz abren la posibilidad a una organización de las empleadas domésticas por sus derechos, contra el racismo y por una mayor democratización de la sociedad. No se trata sólo de pelear contra el racismo para democratizar la sociedad, pero es necesario erradicarlo, paralelamente a una búsqueda de transformación de las estructuras sociales. Son luchas que van de la mano. La función ideológica del racismo es fuerte. Ya lo hemos visto. La Mesa Contra El Racismo quizás no sea el ejemplo de una lucha revolucionaria, pero creo que es necesario aplaudir sus éxitos y sus alcances, y si es que hay algo que aportar, pues urge hacerlo. La idea es sumar. Hay mucho que hacer, ¿no es verdad?

